

nes de la tierra aumentan las glorias inmensas de los predestinados, que suban nuestros clamores hasta tí para que se multipliquen tus delicias. Bendito seas! Tu nombre gravado con letras de oro en los templos y en los hospitales, no lo llegarán a borrar en el trascurso de los tiempos, porque nadie como tú ha sabido interpretar el cariño que el Ser Supremo abriga por todas sus criaturas.

DICE.

JOSE VILLA GORDOA.

A FRAY ANTONIO ALCALDE.

Cómo cantar tu grandeza
¡Oh santo fraile inmortal!
Si el tiempo va con presteza
Aumentando la firmeza
De tu excelso pedestal?

Cómo encomiar tus virtudes,
Cómo medir tus afanes
Si apóstol del bien, acudes
Y sustentas multitudes
Multiplicando los panes?

Huyen rápidos los años;
Todo en la nada se pierde;
Y para propios y extraños
Mas resaltan tus tamaños
¡Oh insigne Prior de Valverde!

Dios te dió, Prelado santo,
Con su amor tan ricos dones,
Que en los pliegues de tu manto
Han enjugado su llanto
Dolientes generaciones.

Dejaste en tierra lejana
Los tuyos, y el mar salobre
Cruzaste con fe cristiana:
Tu caridad sobrehumana
Te dió un hijo en cada pobre!

Era oceano el dolor.....
Náufraga la humanidad
Sucumbia con horror;
Y en la negra tempestad
Brilló el iris de tu amor.....

De tu amor, que echó raíces
Del alma en lo más profundo;
Ala de niveos matices
Que abrigó á los infelices
Desheredados del mundo!

Qué imponente y cuán angusta
Fué tu misión: entre escombros
Surgió tu figura adusta,
Llevando con fe robusta
Al dolor sobre sus hombros!

Lo que el ángel de Tobías,
Fuiste para la tristeza,
Raudales de oro vertías,
Y, cual Cristo, no tenías
Do reclinar tu cabeza.

Fuiste un ángel? quién lo duda!
Era inmensa tu piedad.....
Aun vives: tu amor escuda
Al huérfano y á la viuda
¡Oh sol de la Caridad!

Con esplendidez que asombra
De alma y cuerpo amparo fuiste:
Hoy la gratitud te nombra
Estrella, para la sombra;
Consuelo y pan, para el triste.

Aliviando acerbos males,
De los años al través
Descuellas entre inmortales:
¡Cómo han caído á raudales
Las lágrimas á tus pies!

Bronces? mármoles? —escoria
Que barren los aquilones
Del tiempo— tu limpia gloria
Grabó en lo eterno la Historia
Con cifras de corazones!

Qué grandioso el himno santo
Que en su lecho de agonía
Alza, gimiendo, el quebranto.....
¿Dónde hallar más digno canto
A tu amor y tu hidalguía?

Cuando en tormentosos días
Llevado de celo ardiente
Magnas obras erigías,

"Antonio Alca'de, decias,
A la Humanidad doliente."

Mientras el dolor la hiera
Y el llanto su faz escalde,
Será la desgracia austera
La base imperecedera
De tu gloria ¡Antonio Alcalde!

RUPERTO J. ALDANA.

A LA "SOCIEDAD ALCALDE"

*En el primer centenario de la muerte del Illmo. y Rmo. Fray Antonio Alcalde,
á nombre de la sociedad de paisajistas 'Gerardo Suárez'.*

¡Cuán bello y cuán sublime es el destello luminoso que nos legó el Salvador, el nombre de *Caridad*! ¿Qué hombre en el mundo no ha sentido alguna vez ese perfume sagrado emanado del cielo que cautiva su corazón, al hacer el gran bien de la caridad? Su alma se trasporta en esos momentos hasta el trono de Dios con la satisfacción del justo que ha cumplido con una de las virtudes principales que brillan sobre la frente del mismo Dios. Oh! ¡caridad! ángel sublime que cautivas el corazón del hombre para elevarlo á un cielo de ventura, quién pudiera cantarte!

Ayer hizo un siglo, señores, que nuestra querida patria se encontraba sumergida en un mar de llanto; desolación por todas partes, la angustia y el dolor se veía en los semblantes de nuestros hermanos de aquella generación que ya pasó. Y esto ¿por qué? Porque nuestra patria había perdido un hombre, pero un hombre todo virtud, un hombre que encerraba en su cuerpo una alma inmensa, llena de ternura para todos los mortales, en fin, un hombre con alma de ángel. ¡Un hombre que con toda justicia se le ha llamado por un respetable autor, "El Ángel de la Caridad." Sí, el augusto é inmortal Fray Antonio Alcalde, el Fraile de la calavera!.....

¡Antonio Alcalde! nombre sublime que los anales de nuestra historia conservarán indeleble para presentarlo á todas las generaciones venideras, bendito seas!

El fin noble que os habeis propuesto, vosotros los que formais el brillante círculo de la sociedad Alcalde, envuelto va entre aureola de luz á depositarse humildemente en el trono del Señor. Dichosos vosotros, que unidos con lazos fraternales, ejercéis el supremo don de la caridad entre vuestros semejantes á semejanza de aquel apóstol de la humanidad, el más pobre de los frailes del convento de Valverde, Fray Antonio Alcalde. La sociedad de paisajistas, "Gerardo Suárez," que me honro en representar en estos momentos, unida á vosotros, deposita humildemente corona de inmortales ante el augusto nombre de Fray Antonio Alcalde. Os felicita igualmente á vosotros, que habeis emprendido el difícil cami-

no que os dejó señalado el Illmo. Sr. Alcalde, para que por él llegueis á obtener el premio de vuestros nobles fines.....

Guadalajara, patria querida, noble ciudad que abrigasteis ha un siglo en vuestro seno al gran Apóstol de la caridad, ya no veremos nosotros la celebración del segundo centenario; encárgate tú, de recordar á la presente generación los hechos nobles y grandiosos de aquel hombre inmortal, que grandes y pequeños alabamos. Ojalá que de tu seno, madre patria, brote nuevamente un ser á imitación del que hoy cantamos sus proezas.....

Fray Antonio Alcalde, ilustre benefactor de nuestro suelo, recibe allá en la gloria donde moras, la humilde oferta que ante tí depositamos; tu memoria jamás la borrarán los siglos venideros.

MANUEL CÁZAREZ OÓMEZ.

Guadalajara, Agosto 8 de 1892.

A FRAY ANTONIO ALCALDE.

Brega tenaz, dura brega,
Eterno combate rudo
En que es el único escudo
Para el hombre la fé ciega.
Con sus lágrimas anega
El circuito del combate,
Y cuando mucho se abate
En ese eterno luchar,
Parece ya no esperar
Más que el golpe que le mate.....

Y siempre en las sombras lucha
El bien contra la desgracia:
No hay triunfo, tregua ni gracia:
Constante el gemir se escucha.
Es mucha la sombra, mucha,
Y es muy torpe el pauperismo.....
Mas de súbito el abismo
Una luz intensa hiende,
Y al desgraciado defiende
Un auxilio: el de Dios mismo!

Manda así de tarde en tarde
Su enviado la Providencia:
Luz de extraña refulgencia
Que sólo en las sombras arde.
Apóstol, nunca cobarde,
Fuiste tú esa claridad
Que fué con intensidad
Tu grandioso corazón
La sublime encarnación
Del bien en la humanidad.

A lo evangélico alcanza
 La historia de tu existencia:
 Mucho amor, mucha creencia
 Y la más firme esperanza;
 ¡Oh! lo que al vicio se lanza
 Volviendo hacia la virtud;
 La niñez, la juventud,
 La miserable orfandad,
 La débil ancianidad
 Al abrigo del alud;

La desgracia que subyuga
 Al infeliz que allí gime,
 Y un apóstol que redime
 Y las lágrimas enjuga;
 La miseria puesta en fuga
 Por la noble compasión.
 La vergonzosa inacción
 Impelida al movimiento,
 ¡Deshielo del pensamiento
 Al fuego del corazón!.....

Hacer el bien sin insulto
 Era tu dogma bendito,
 La caridad fué tu rito
 Y tú el ministro del culto;
 Siempre humilde, siempre oculto
 Actuaste de muchos modos,
 Y formaron, sin períodos,
 Tu templo Guadalajara,
 La grande miseria el ara
 Y el gremio los pobres todos.

Fué tu hogar en donde el lloro
 Hacía inclinar la frente,
 Y de la clase doliente
 La gratitud, tu tesoro;
 Para tí el oro no era oro,
 Y cuando estaba contigo,
 Para el desnudo era abrigo,
 Era pan para el hambriento
 Era agua para el sediento
 Y asilo para el mendigo.

Como tu gloria apacible
 No hay una gloria ¡oh anciano!
 Vencer al dolor humano
 Parece un hecho imposible;
 Mas esa acción increíble
 La miró un siglo asombrado,
 Y aunque otro siglo ha pasado
 Tu memoria aun no muere.....
 Porque un pueblo que te quiere
 Te quiere inmortalizado!

Si el mañana es el olvido
 Para tí no habrá mañana;
 Y una estrofa soberana
 Brotará á cada latido
 De este pueblo agradecido
 Para formar en la historia,
 No un himno para la gloria,
 ¡Eso fuera miserable!
 Sino el canto perdurable
 Que eternice tu memoria.
 Tu monumento mejor
 Es el magno monumento
 Que acá en nuestro pensamiento
 Irradia con gran fulgor;
 Al cielo de nuestro amor
 Elévase sin igual,
 Y á esa estatua colosal
 De tan grandes dimensiones,
 Nuestros tiernos corazones
 Le sirven de pedestal!

JOSE P. PADILLA.

A Fray Antonio Alcalde.

SEÑORES:

El mundo moral, de la misma manera que el mundo físico, está regido por leyes invariables, por preceptos ineludibles que marcan su fin á la humanidad y la encaminan hácia él. Tales preceptos so son innatos en el hombre, se hallan imbuidos en su corazón y forman su esencia, de tal manera, que cuando él no se sujeta á ellos, abiertamente se opone á su destino, renuncia á su naturaleza noble y divina que el Supremo Hacedor le hubiera impreso al formarlo, y se constituye en un mónstruo ó fenómeno de la humana especie, indigno del aprecio de los que le rodean.

A semejante categoria de principios pertenece el que hoy nos ha congregado en este sitio: el de la gratitud; aquel que nos obliga é honrar á nuestros bienhechores, cantar á nuestros héroes y llorarlos una vez perdidos. Si, al sentimiento puro de la gratitud es al que responde esta fiesta, él es el espíritu vivificador que le anima, él la única causa que hace latir mi corazón con violencia en la ocasión presente; el móvil único que me impele á balbucir elogios ante vosotros, en nombre de la sociedad literaria "Amigos del Estudio," á quien tengo el grande honor de representar.

¿Mas quién es el objeto de tales ovaciones? ¿quién es aquel que ha merecido los tributos y la grata recordación de todo un pueblo? quién es el feliz mortal que se hizo acreedor al incienso del agradecimiento de sus pósteros y que hoy reclama la dedicación de mil cantares á su veteranda memoria? ¡Ah! Demasiado lo sabéis,

vosotros: ese hombre fué el apóstol insigne de la caridad, el Illmo. Sr. D. Fray Antonio Alcalde.

Muchas plumas dignas y correctas y cien lenguas autorizadas han hecho ya su panegírico, para que yo trate de repetirlo ahora; solo es mi ánimo manifestar algunas ideas respecto de su gloria, que vayan á confundirse en la variada multitud de las ya concebidas y añadir un pobre laurel más, á la espléndida é inmarcesible corona que circunda sus bienes.

La humanidad, señores, como la más perfecta cosa de todas las que pueblan el Universo, posee un principio superior en su constitución íntima, por el cual le es dado elevarse sobre la materia, aspirar á un mundo infinito de purísimos goces, poniendo los medios para alcanzarlo, y considerarse como la reina de todo lo creado. Pero lleva también en sí un germen morboso, que muchas veces la desvia de la ruta que le fué trazada, pues que su perfección no es absoluta, y debido al cual sufre fatigas y miserias sin cuento.

Ahora bien, el individuo de ella que logra con firme voluntad contrariar esa flaqueza del humano espíritu, conjurar la tormenta de los mil obstáculos que á su paso recto se oponen; atrae hacia sí la admiración de todos sus semejantes y el elogio unánime de cuantos le conocen. Mas cuando no se contenta con eso solo, sino que tiende además á remediar la miseria del prójimo, cuando dedica sus potencias á la emancipación de los demás hombres del yugo servil del principio insano, entonces aparte de la admiración y del elogio se atrae los corazones, se hace acreedor á la gratitud de los favorecidos y á las bendiciones de los pueblos.

No otra cosa ha pasado con el ilustre anciano que hoy nos ocupa. El con su honesta vida ganó la estimación de sus coetáneos y la bienandanza eterna, y con su ahínco por aliviar á los menesterosos y sus perdurables obras; sembró un amor intenso de reconocimiento de las generaciones que le han sucedido.

Desde la aurora de su vida, el bien formó su único anhelo, la contemplación de la miseria humana y la oración lo abstrajeron por completo del mundanal bullicio y las estrechas paredes de un convento encerraron por algún tiempo el genio sublime que más tarde debía deslumbrar al Universo con sus talentos y virtudes.

De boca en boca corre, señores, el modo casual cómo fué descubierto, la impresión que al soberano de su patria, al Rey Carlos III, produjo su porte y el sencillez decorado de su habitación; que á golpe de vista revelaban sus sentimientos, acciones y pensamientos y lo cual determinó la salida del humilde fraile de aquel obscuro sitio y su exaltación á la dignidad episcopal en el Reino de la Nueva España.

Serios temores preocupaban su ánimo al recibir tal nombramiento, su grande humildad y sencillez lo tuvieron suspenso en la aceptación, mas por la misma causa se resolvió á hacerlo, cuando después de haber pedido consejo á su Superior, le fué participado por éste. ¡El ignoraba su grandioso destino!

Las puertas del claustro de Valverde se abrieron, pues, para dar paso franco al distinguido monje de la calavera, y desde entonces surgió su vida pública, aquella vida llena de amor al prójimo y de desprendimiento de sí mismo, que lo había de elevar al apoteosis de la gloria.

“No tocaba á él ya en el Nuevo Mundo, como al inmortal Las Casas, como dice un sabio escritor, luchar delante del trono con bárbaros conquistadores para economizar la sangre de sus hermanos; mas tenía que suavizar la suerte de gene-

raciones ya esclavizadas, y que oponer á la obra de la barbarie y de la tiranía, los esfuerzos de la ilustración y de la caridad.”

Yucatán tuvo la dicha de ser la primera tierra de México pisada por el hombre ilustre de Cigales y de gozar sus beneficios antes que otra alguna; mas no era él el teatro principal que el Cielo le había preparado para el ejercicio de sus virtudes, y á los pocos años salió de allí para venir á hacer nuestra felicidad y formar el consuelo de los desgraciados.

Desde su advenimiento, Guadalajara fué dichosa. ¿Quién no conoce los inmensos bienes que ella recibió, cuando tuvo por Prelado de la Iglesia Católica al Illmo. Sr. Alcalde?

Las artes florecieron con la multitud de obras materiales que emprendió, según lo prueban ellas mismas, y la moralidad y comercio de la población prosperaron también, pues como dice uno de sus más ilustrados biógrafos, el Sr. Lic. López Portillo. “La mano del insigne obispo era fecunda en beneficios de todo género. Quitaba á los hombres de la vagancia, y prevenía los crímenes, siendo las obras que emprendía, elementos de moralidad; proveía á la subsistencia de las familias, empleando los brazos de los hombres; fomentaba el desarrollo y progreso de las artes, protegía el tráfico, embellecía y daba incremento á la ciudad; aumentaba la población y la dotaba de establecimientos dedicados al culto, á la enseñanza, y al cultivo de las ciencias y á la asistencia de los pobres enfermos. Su liberalidad se extendía también á auxiliar á las autoridades para mejoras de calles y caminos. Todo lo abarcaba; no había ramo de pública utilidad que no favoreciera é impulsara.”

Sabiendo él muy bien que la ignorancia es la causa de la perdición y desgracia del hombre, y que el conocimiento de sus deberes y de cuanto le rodea, lo hace feliz, trató de ilustrarlo y al efecto estableció escuelas y talleres de todo género.

Mas había otra cosa que impresionara de una manera particular su noble corazón, y á remediarla aplicó una gran parte de sus esfuerzos: eran las enfermedades de sus hermanos. No podía él ver con frialdad los dolores del prójimo; conocedor de la máxima de Cristo: *ama á los demás como á ti mismo*, la ponía siempre en práctica. Y para ello levantó el suntuoso edificio de San Miguel de Belén. Desde entonces la humanidad desvalida sufre como siempre, porque no puede menos, pero tiene siquiera un regazo que la reciba y quien pan le de y sus lágrimas enjugue.

Por aquella época, en 1786, una calamidad pública se descargó sobre esta capital; la peste y el hambre en horroroso consorcio se apoderaron de ella. Más que cierto es que el Supremo Ser no se desentiende de las criaturas. El le había deparado ya un hombre que mitigara sus dolores y en medio de la negra tormenta brilló purísimo el astro de la caridad y del consuelo, sin que los más densos nubarrones del peligro lograran eclipsarlo. ¡Las almas del temple de la del ilustre fraile de Valverde, no sucumben ante el leve soplo de la miseria humana!

¿Y quién lo había inspirado, señores, en todas sus portentosas obras? ¿qué dogma formaba su regla de conducta? La bella y sublime religión del Crucificado, aquella religión cuyas enseñanzas dan fuerza suficiente al espíritu humano, para despreciar las ilusorias grandezas de la vida transitoria y lo llenan de santa abnegación.

Mas sus fatigas reclamaban descanso, su alma bondadosa la recompensa de sus merecimientos, y voló al Seno Eterno, después de haber alumbrado al Universo con su caridad y amor profundos hacia el desgraciado y dándole un raro ejemplo de humildad y pobreza.

¡Desdichados mortales los que á él perdieron, pues se vieron también privados de la felicidad!

Ahora decidme, ¿no es acaso digno de imperecedera remembranza? ¿su memoria no debe ser por ventura respetada por todos? Afirmativamente responden de consuno el corazón y la conciencia.

Su gloria es grande, porque grande fué su alma. Ella no es humo que se disipa, como la de los demás hombres, porque es una gloria sin mancha alguna; como lo prueban irrefragablemente los presentes recuerdos de su muerte, en los cuales no sólo han tomado parte los creyentes y su Iglesia, sino que ha sido una festividad de carácter público, una festividad de todo un pueblo.

No nos tocó á nosotros la suerte de ver nacida su cuna en nuestro suelo, pero eso nada importa; hombres como él no pueden tener encerrada su nacionalidad en un estrecho círculo ni pertenecer á un solo Estado, sino que su patria es todo el Globo.

Así pues, vosotros, los que estais reunidos bajo la enseña de su nombre, y entre quienes desde hoy tengo el honor de contarme; seguid su ejemplo, cumplid con vuestro lema sin desmayar jamás. No os arredreis ante la pobreza, ni os creais humillados por vuestra humilde cuna, pues que el ilustre y santo Obispo que veneramos, fué envuelto en pobres pañales y vivió y murió con la mayor modestia.

¡Salve á ti, apóstol bendito de la caridad; recibe benigno desde el alto trono en que te encuentras, las sinceras ovaciones que tu pueblo agradecido dedica á tu memoria; escucha los himnos y loores que desde el fondo de los pechos se exhalan á tí y bendicenos aún para caminar con seguro paso en la escabrosa senda de la vida!

JOSE M. PEREZ VERDIA.

INFORME DE DONATIVOS

Y GASTOS HECHOS POR LA

"SOCIEDAD ALCALDE"

EN LA CELEBRACION DEL 1er. CENTENARIO

de la muerte del Ilustre Obispo cuyo nombre lleva.

ENTRADAS.

Colectado por D. Daniel Gomez.....	\$ 15 50.
" " " Herlindo Reyes.....	11 58.
" " " Los Señores González Oñyares.....	9 00.
" " " D. Ignacio Muñoz.....	2 00.
" " " La Sociedad Hidalgo.....	5 50.
" " " D. Ramon Ugarte.....	3 00.
" " " Juan N. Jiménez.....	9 45.
" " " José M. Domenech.....	5 00.
" " " Crescenciano Rincón.....	32 18.
" " " Cruz Iñiguez.....	13 43.
" " " Mariano Ornelas.....	3 50.
" " " Crescenciano Zavala.....	3 42.
" " " Antonio Garibay.....	1 45.
" " " Guadalupe Juárez.....	2 37.
" " " D ^a Josefa Vazquez empleada del Hospicio.....	6 00.
" " " Eulalia Turincio.....	6 12.
" " " De entre el círculo de señoras.....	26 39.
" " " D. Catarino Rueda.....	11 00.
" " " José M. Hernandez.....	20 79.
" " " Benito Rodriguez.....	1 75.
" " " Santiago Escobar.....	8 87.
" " " Jesús Zavala.....	7 70.
" " " Clemente López.....	3 17.
" " " Los Esparza (Francisco).....	3 90.
" " " D. Silvestre Hernandez.....	12 29.

Suma total..... \$ 224 83